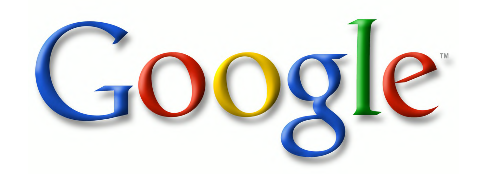
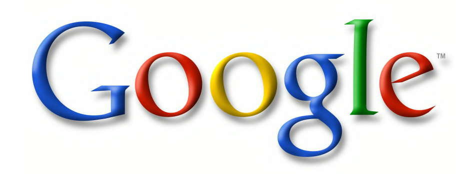






ABUELA

Drama en tres actos

POR

Mercedes G. de Moscoso

ESTRENADO CON GRAN EXITO

EN

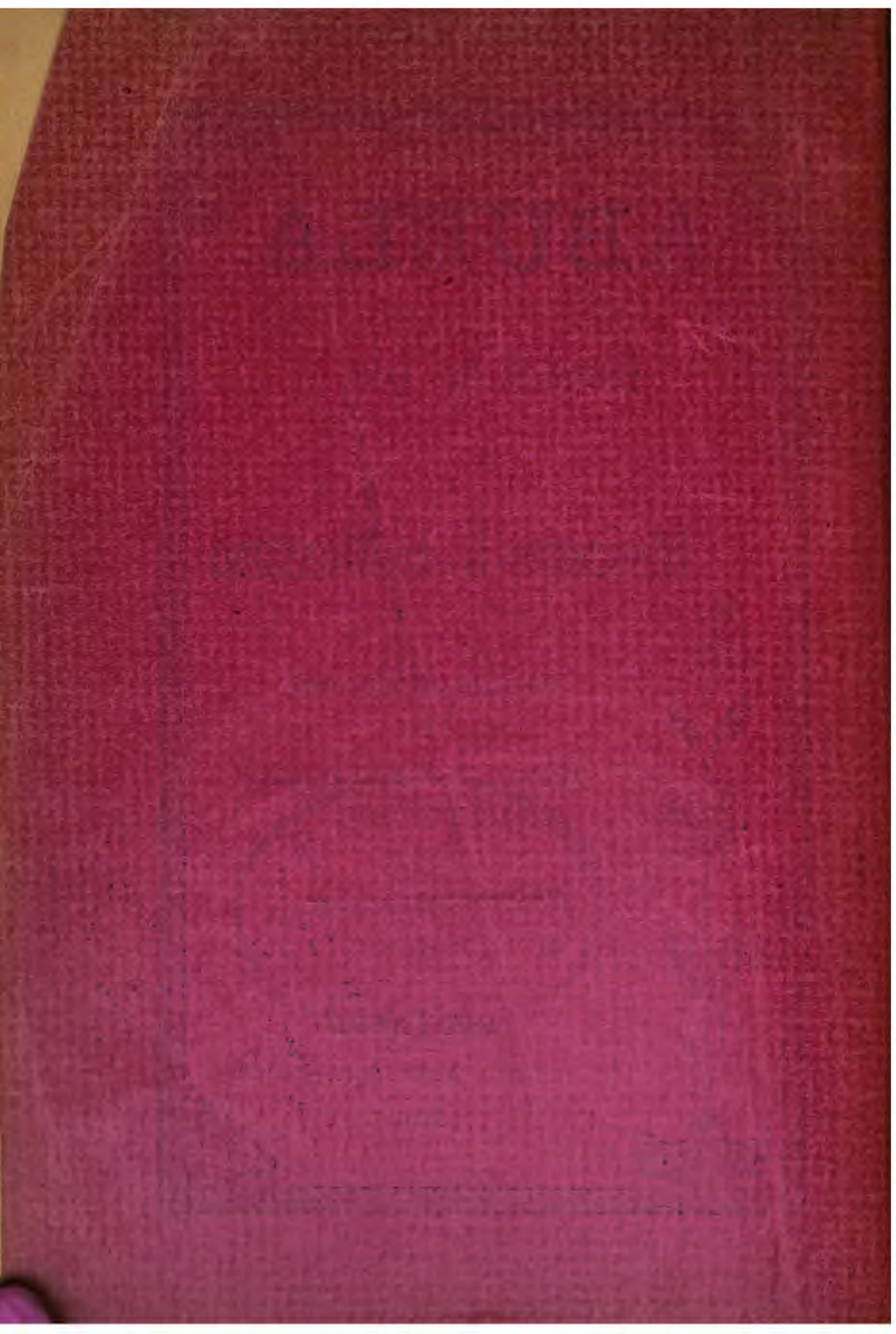
QUITO Y GUAYAQUIL



GUAYAQUIL

Imprenta Mercantil.—40.098

1907.



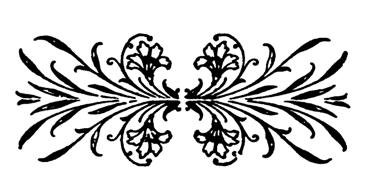


DRAMA EN TRES ACTOS

POR

Mercedes G. de Moscoso

Estrenado con gran éxito en Quito y Guayaquil



GUAYAQUIL

IMPRENTA MERCANTIL.—36.028.

1907.

REPARTO:

PERSONAJES	ACTORES
Marcela	Sra. Carlota Millanes
Doña Dora	" Teresa Millanes
Lea	" Matilde M. de Romero
Elvira / Andrea	" Olave v. de Bello
Cristian	Sr. Santiago Marco
Ramón / Don Gustavo	" N. Rodríguez.

La escena en 1873.—Epoca actual.




Mercedes G. de Moscoso
1907

A Rosario M. de Martinez.

AMIGA INOLVIDABLE:

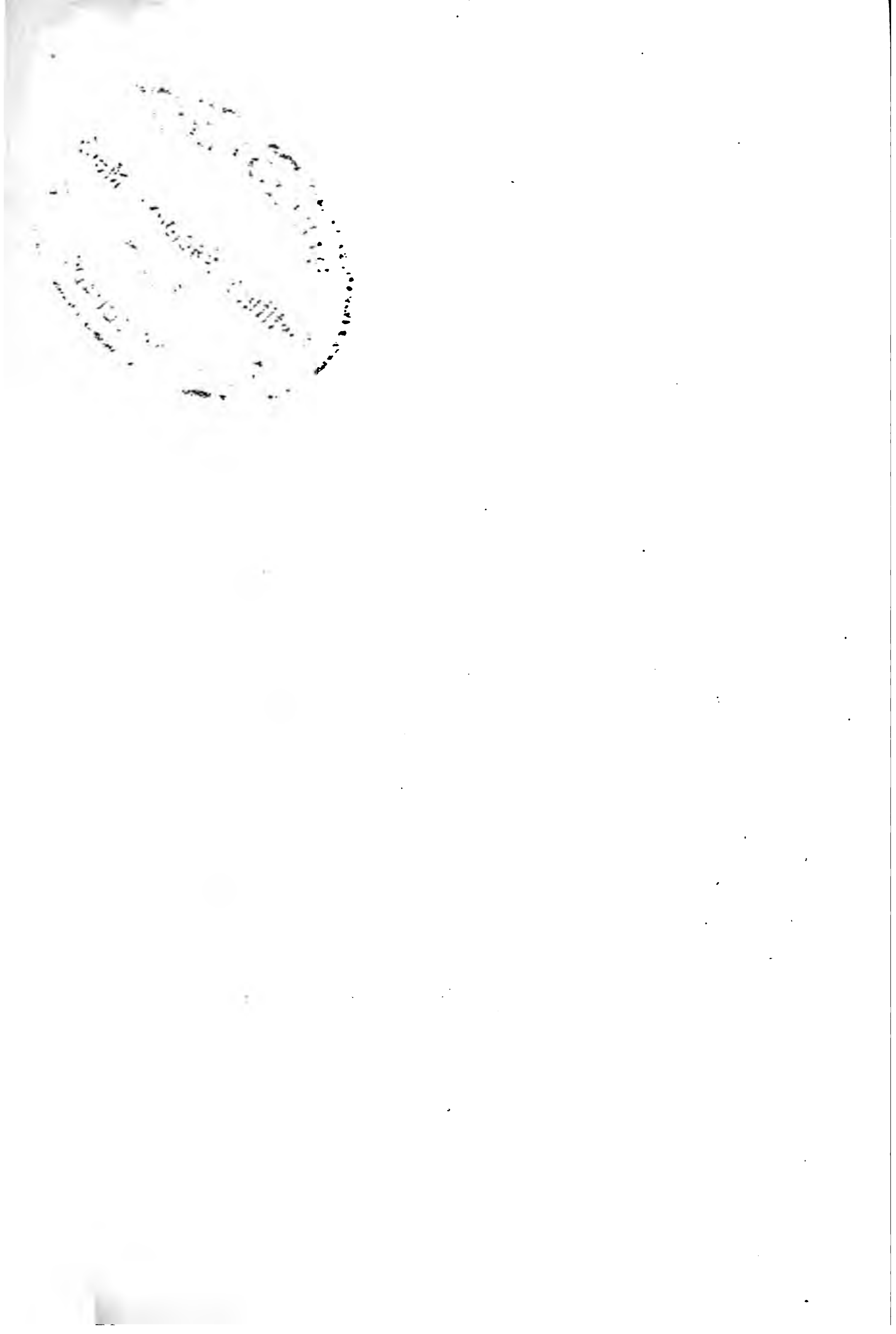
En no lejano día, cuando tu bondad y tu belleza angélicas, eran una encantadora realidad para los seres que te amamos; risueña y cariñosa, abriste ante mí el nuevo horizonte en el cual sin aptitudes ni conocimientos, he desplegado las alas de mi imaginación.

—¿Por qué no escribe un drama, Merceditas?—

Lo escribí, y te lo dediqué antes de darle forma; puedo dejar de ofrendarlo á la amiga muerta que tan hondo vacío ha dejado en mis afectos?

A tí, angel de virtud y hermosura, esposa abnegada, madre horoíca y excelente amiga; á tí, estrella del hogar que iluminaste solo un día, dedico mi pobre ensayo, con toda la ternura que supiste ínspirarme. Al ponerlo bajo la protección de tu sombra querida, sé que ha de traerme horas de felicidad suprema: me amaste, te amé y lazos de cariño como el nuestro, no puede desatarlos la muerte. A la que tuvo para mí aplausos, flores y santas predilecciones, á tí, Rosario, ilusión perdida en la eterna noche de mi alma melancólica, dedico «ABUELA»*: tuyo es, como son tuyos mis amantes y tristes recuerdos.*

LA AUTORA.





ACTO PRIMERO

La escena representa un salón sencillo con anchas ventanas, desde las cuales se divisa un parque. Puertas laterales y otra al fondo. (Es de día.)

ESCENA PRIMERA

DOÑA MARCELA—DORA.

La primera aparecerá ante una mesa llena de papeles y escribiendo. Dora, sentada en una butaca, con una labor de aguja en las manos.

DORA. Usted siempre escribiendo, doña Marcela.

MARC. Qué quieres, hija mía; olvido tantas amarguras cuando mi pensamiento vaga por horizontes azulados....

DORA. Dígame, ¿desde cuándo se entretiene U. en borronear papel?

MARC. [*Levantándose*] Desde muy joven; era casi niña, cuando lloré, en malos versos por supuesto, el destierro de mi adorado hermano Antonio.

DORA. No comprendo cómo se casó U.; los hombres gustan de mujeres que tengan en más las minuciosidades de la casa que los aplausos de la multitud.

MARC. ¿Y crees que los descuidé mientras fuí esposa y madre feliz? Nunca, Dora! Mis mejores poemas fueron escritos en medio de las fatigosas labores que nos impone la pobreza; acompañando en sus juegos á Cristián, y más tarde, meciendo la cuna de Lea.

DORA. Pero eso de quebrarse la cabeza para formar volúmenes que se leen una vez y se olvidan luego, no me parece cosa divertida.

MARC. ¿Piensas que obras monumentales pueden olvidarse? Estás en un error. ¿Quién olvida los versos de fuego de Olmedo y la sublime prosa de Montalvo? Las generaciones venideras tendrán que descubrirse ante aquellos nombres luminosos y bendecirlos con respeto.

DORA. Y espera U. que hagan lo mismo con el suyo.

MARC. ¡Oh, no abrigo tal pretensión! Escribo, no por alcanzar gloria, sinó por acallar muchas penas que me roen el corazón; por consuelo, más que por ambición de renombre. Te digo la verdad, Dora. A pesar de esto, hubo escritorzuelo mal intencionado, que me aconsejó rompiera la pluma y tomara la calceta: ya lo vez, á pesar del adelanto del siglo, la mujer es siempre esclava del hombre. ¡Cadenas en el alma y cadenas en el pensamiemto!

DORA. Pero en verdad, doña Marcela, la mujer no debe sobresalir sino en labores propias de su sexo. Primero, servir al esposo, cuidar de los hijos, vijilar el buen gobierno de la casa, y si queda tiempo, bordar un almohadón en raso ó deshilar una camisa.

MARC. ¿Y si inclinada sobre el telar ó enhebrando la aguja, siente bullir en su cerebro bandada de pájaros alegres?

DORA. Se les corta las alas y á otra cosa.

MARC. Eso no se se puede, Dora; hay que dejarlos volar y perderse entre las ramas en flor. El estrecho círculo del hogar es todo un universo para la mujer de corazón bien formado; centro de puros y sublimes afectos, en él está la vida engalanada de hermosas esperanzas é ilusiones que nos sonríen; pero la imaginación necesita de horizonte más amplio en donde desplegar las alas, bien asi como el alma necesita remontarse al cielo en sus secretas luchas. Más fácil le sería á ese sér delicado y gracioso, el cumplimiento de su santa misión en la tierra, si el estudio

serio, los conocimientos profundos, le prestaran fuerza para el combate diario, combate en el que á veces, hasta la fé sucumbe. Oprimida en círculo de hierro, hasta hoy apenas ha podido ser abnegada esposa y heroica madre, títulos que la engrandecen, pero que, para llevarlos con nobleza, necesario se hace desterrar las densas brumas en que la envuelve la ignorancia, para que se levanten verdaderos hogares en los que la virtud y el honor tengan un trono, y en los cuales la esposa y la madre, como las sacerdotisas antiguas, inculquen la moral, comprendiéndola.

DORA. Es que la mujer ilustrada y de imaginación poética casi siempre acaba mal.

MARC. No, cuando guarda intacta la fé de sus primeros años. Vacila, tropieza, pero no cae, por que es la fé el escudo en donde se estrellan todas las pasiones. Ve mis canas, no tienen una mancha. ¡Y si pudieran leer en mi conciencia! En ella todo es azul, como el infinito que nos cobija. Pero nos perdemos en divagaciones inútiles; hablemos de Lea. ¡Qué hermosa es, Dora, y con qué ternura la amo! Esa niña es mi vida, mi mismo corazón.

DORA. (*Aparte*) Su tema de siempre.

Si, es muy hermosa y ya debemos pensar en casarla.

MARC. No corre prisa; todavía piensa en muñecas y flores.

DORA. Mejor es casarse joven.

MARC. Sí, cuando el alma puede abrirse á toda clase de emociones, porque ignora lo que son tristezas. Pero, dejémosla que sueñe, que goce, que viva. Son dulces las cadenas del amor, pero al fin cadenas; á las veces formadas de flores, pero las más, de espinas.

DORA. Pues le digo á U. que tengo un proyecto en ciernes.

MARC. ¿Y se puede saber quién es el candidato?

DORA. Después, cuando mi deseo sea una realidad. Dejo á U.; perdone si la interrumpí en su tarea.

Mi hermana Elvira me espera para que la acompañe á hacer algunas visitas, y como gusto tanto de la sociedad, no me hago de rogar para estas cosas.

MARC. Eres joven aun y no me extraña que te halaguen falsedades y creas en mentiras; yo prefiero la soledad, porque mis años me han hecho conocer el mundo. Vé, hija mía.

[*Vàse Dora por la derecha.*]

ESCENA SEGUNDA

DOÑA MARCELA

[*Se acerca á la mesa y va tomando los papeles que hay en ella*]

En verdad que á veces siento impulsos de acabar con vosotros, bien asi como arrasa la tempestad las flores de los campos. Mis versos son también flores delicadas, abiertas al calor de mis lágrimas. ¿Y he de destruirlos yo que les di vida? Júzgueme el mundo como quiera; los guardo como cara reliquia, como guardamos en el alma el suave aroma de nuestras fugaces horas de inocencia. Aquí la silva blanca, el poema azul, el drama rojo, las baladas negras: sonrisas de mi niñez, sueños de mi adolescencia, aspiraciones de mi juventud y dolores de mi ancianidad.

[*Queda pensativa.*]

ESCENA TERCERA

DOÑA MARCELA—LEA

LEA. Abuela mía. (*Besándola*)

MARC. [*Haciéndola sentar á su lado*] ¿Por qué has tardado tanto en venir? Me levanté con el alba, te busqué en tu alcobita blanca, y no estabas. ¡Oh, hija mía, no sabes cuán amargas son las horas de mi vida lejos de ti!

LEA. Mi madrastra me citó anoche para hoy temprano. (*Manifestando pesar.*)

MARC. ¿Asunto secreto?

LEA. No los tengo para tí; quiere casarme.

MARC. ¿Con quién?

LEA. Con don Ramón, ese vejete espanta pájaros, que me infunde tanto miedo. ¿Verdad que tú no lo consentirás? [*Con ansiedad.*]

MARC. Si la decisión de Dora fuera acertada, nada tendría que oponer hija mía; pero trata de sacrificarte, y me opondré. [¡Oh sí, aunque tenga que despedazar el corazón de Cristián!]

LEA. ¡Qué buena eres y cuánto te amo, abuela!

MARC. ¿Que dice tu padre?

LEA. Sabes que es débil y acepta sin réplica todo aquello que quiere su esposa.

MARC. Sí, Cristián, en lo moral, no se parece á mí; es el retrato de tu abuelo. ¿Qué razones alega Dora para desear tal matrimonio?

LEA. Ninguna: es que don Ramón es rico y ella asegura que el dinero es la felicidad.

MARC. ¿Y tú lo crees?

LEA. Oh, no abuela; la felicidad no es otra cosa que el cariño mutuo, los goces íntimos de la familia.

MARC. Sí, Lea, el oro es auxiliar poderoso para las comodidades de la vida, pero no constituye la dicha. Nada temas, ángel mío: soy fuerte, á pesar de que muchas tempestades han pasado sobre mi cabeza llevándose mis ilusiones y dejándome sus nieves. Hablaré á la esposa de tu padre, y si no cede, lucharé. Guardo todavía el fuego de nuestros volcanes en este corazón que es todo tuyo.

LEA. Si no fuera por tí no sería alegre como los pájaros que vienen á despertarme con el alba. Mi cuna se meció sobre una tumba y no gocé de la ternura que nos hace ver la vida como una esperanza. Mi padre, siempre severo y frío para mí, ofrece tesoros de cariño á mi hermano Ricardo, y pienso que la desición de éste de abrazar la carrera eclesiástica, es lo que amarga su existencia, Mis juegos no tuvieron más compañeras que tus amantes miradas y mis sueños sólo las alas poderosas de tu imaginación soñadora Te amo con toda mi alma y quiero llevarme sólo de tus consejos.

MARC. Antes que á mí, ama á tu padre, Lea; es ese el primer deber de una alma buena: los padres son en la tierra lo que Dios en el cielo.

LEA. Si yo los quiero mucho; pero cuando me hallo en presencia de los dos, no sé por qué mi corazón se oprime. Apenas dos años que salí del Colegio, después de ocho de encierro, durante los cuales sólo tú te acordabas de ir á pasar algunas horas conmigo. No sabes cómo me latía el corazón cuando divisaba á lo lejos tu falda negra y tu cofia de encajes: pensaba que el sol lucía más claro, que el día despertaba más hermoso y que mi alma era una pradera esmaltada de rocío y cubierta de olorosas flores. Por tí estudiaba con afán, por tí soporté con valor las largas horas de mi triste cautiverio, pues sabía que una vez terminada mi educación, la recompensa de mis desvelos sería verte sin fin y disfrutar de tus caricis.

MARC. ¡Vamos, niña, pues no me haces llorar! A la esposa de tu padre, joven todavía, la atrae el mundo con sus brillantes fiesta. Advierte que en aquel tiempo él desempeñaba alto cargo público que obligaba á Dora á frecuentar la sociedad; esto le impedía verte. Pero yo, sola en el hogar, con dolores que ocultar y tristezas y amarguras sin nombre, buscaba tu compañía como consuelo para cobrar fuerza para la lucha diaria.

LEA. Dos años que permanezco junto á tí y ya tratan de alejarme casándome sin amor, esto es inconcebible, abuela! Y luego......

MARC. Qué?

LEA. Nunca he tenido secretos para tí, y ahora llevo en el alma uno tan grande, que me ahoga!

MARC. Confíamelo, deposita en mi corazón todos los anhelos del tuyo, las santas aspiraciones de tu edad: quién puede dirijirte mejor que yo que conozco la vida bajo todas sus fases?

LEA. Escucha. —Cuando me hallaba en el Colegio, todos los días mis compañeras y yo, bajábamos á oir misa en la Capilla de las monjas.

Hará como tres años, que en uno de esos días, sentí como si los ardorosos rayos del sol inundaran mi alma. Terminada la misa y cuando me entregaba al estudio, en el libro en que leía, en el bastidor en que bordaba, entre las blancas teclas del piano, en el caballete en que pintaba, veía los mismos ojos negros, que tras uno de los pilares de la Capilla, me miraban con ternura, mientras yo con las manos juntas, oraba con fervor·

MARC. (*Con ansiedad*). Sigue, sigue.

LEA. Cómo decírtelo? Dentro de mi libro de oraciones, encontré una tarde un perfumado billete en cuyas frases, mi poética imaginación de niña, creyó hallar dilatados horizontes para mis sueños.

MARC. ¿Y ese billete?

LEA. Era de Gustavo, en él me declaraba su amor y yo......abuela, yo también lo amo!

Tú que has vivido más que yo, dime: ¿no es amor una inquietud dulcísima que ofusca la mente y llena de luz el corazón? ¿No es amor el deseo de acercarnos al sér que nos conmueve y transformar la tierra en cielo con solo una mirada?

MARC. Sí, amas ya, pobre niña mía, llegó para tí la hora de los dulces anhelos y las tristezas inconscientes, pero no te avergüences de confesarlo puesto que amas á un noble corazón. Conozco á Gustavo desde niño, lo he visto crecer admirando sus raras prendas, yo haré que se realicen tus sueños.

LEA. ¿Pero ese matrimonio?.....

MARC. Vive tranquila, yo lo impediré.

LEA. ¿Me lo prometes?

MARC. ¡Te lo juro!

LEA. ¡Qué buena eres! Con razón siempre invoco tu nombre en mis oraciones.

MARC. Invoca á Dios, hija mía, único árbitro del destino.

LEA. Alguien viene.

MARC. (*Mirando por la ventana*). Es Don Ramón.

LEA. Me evaporo. (*La besa y sale por la izquierda*).

ESCENA CUARTA

DOÑA MARCELA—DON RAMÓN.—[*Este por el foro.*]

RAMÓN. ¿Se puede, mi buena amiga?

MARC. [Su buena amiga]. Adelante; ¿á qué debo el honor. ....? (*Indicándole una silla*)

RAMÓN. El día está tan hermoso, quiero tanto á mi ahijado, á su nieto, que me dije: vamos al convento á mirar aunque sea de lejos al santo niño que despreciando las glorias mundanas, ha consagrado á Dios su vida entera. Como lo pensé lo hice y aquí me tiene U. con un mar de caricias para los suyos.

MARC. [*Con frialdad*] Está bueno Ricardo?

RAMÓN. Sano y robusto, aunque triste como día sin sol. A veces me imagino que no se halla satisfecho de su estado.

MARC. La inteligencia de ese niño despertó muy breve, se anticipó á su edad haciéndole conocer las miserias del mundo. Temo que no pensó jamás en consagrarse á Dios, pero sacrificó dulces aspiraciones y se acogió al claustro imponiéndose talvez una expiación.

RAMÓN. No comprendo á U. doña Marcela.

MARC. Ni precisa: las almas grandes se imponen sacrificios que no alcanzan las que no las igualan.

RAMÓN. [Tiene gracia, me insulta] Dejemos tan espinoso asunto. ¿Aquí, todos bien, doña Marcela?

MARC. Todos.

RAMÓN. Me parece que al venir ví á Lea en el jardín corriendo trás una mariposa; ¡qué bella está!

MARC. [*Con burla*] ¿Quién, la mariposa?

RAMÓN. La niña, señora, la niña. En verdad que si yo contara menos años, pensaría en labrar un nido para esa avecita encantadora.

MARC. (¡Infame!) Lo tiene, en él canta y es dichosa; y luego, la luz rechaza las tinieblas y la primavera al invierno; la una, toda arrullos y flores; el otro, nubes negras y nieve, mucha nieve. Pero U. querrá ver á mi hijo, hablar á Dora, me necesito y dejo á U. Hasta luego.

RAMÓN. Beso á U. los pies.

[*Doña Marcela sale por la izquierda*].

ESCENA QUINTA

DON RAMÓN—ELVIRA

[*Elvira elegantemente vestida viene por la derecha*].

ELVIR. ¿Cómo, U. aquí y nosotras sin saberlo? (*Dándole la mano*)

RAMÓN. Me hallaba en sabrosa plática con doña Marcela.

ELVIR. Entonces habrá U. subido al Parnaso, tocado estrellas y teñido las alas de su imaginación en el verde de los prados y en el azul del cielo. [*Riendo*]

RAMÓN. No nos hemos ocupado en poesía, hablábamos de Ricardo y de Lea.

ELVIR. ¿Sí ?¿Y todavía la buena señora compadece á Ricardo?

RAMÓN. Es tan rara doña Marcela. Ya manifiesta amor, ya indiferencia por esa santa criatura.

ELVIR. ¿Y cómo van sus proyectos de matrimonio, don Ramón?

RAMÓN. No es cosa arreglada todavía, pero espero que triunfaré. Dora consiente y Cristián no tiene más voluntad que la de su esposa.

ELVIR. ¿Ha pensado U. bien lo que se propone? ¿No teme unirse á una muchacha de veinte años?

RAMÓN. Mientras más joven es la mujer, hay mayores probabilidades de dicha.

ELVIR. ¿Y las consecuencias? U. no es un santo y su esposa puede hacerle pagar algún pecadillo de la juventud.

RAMÓN. Ninguno, Elvira, ninguno, se lo aseguro á U. Aunque Lea es una niña, se ha criado recibiendo buenos ejemplos y será para mí una fiel compañera.

ELVIR. Se lo deseo de todo carazón.

RAMÓN. Gracias. ¿Se prepara U. á salir?

ELVIR. Con Dora. U. querrá ver á Cristián, siga U., ya sabe en dónde puede encontrarlo.

RAMÓN. Con su permiso. [*Inclinándose*]

ELVIR. [*Sonriendo*] Hasta luego.
[*Sale don Ramón por la derecha*].

ESCENA SEXTA

ELVIRA, DORA, ANDREA [*oculta*]

Dora viene por la derecha y Andrea por la izquierda: ésta se oculta sin que las dos lo noten.

DORA. Podemos partir.

ELVIR. Un momento; don Ramón se halla adentro con tu marido.

DORA. ¿Sí?

ELVIR. Hablemos un instante, Dora. Necesario se hace que escuches mis consejos. Lea no debe permanecer más tiempo al lado de doña Marcela. Es una vieja visionaria que no inculca buenas ideas á nuestra niña.

DORA. Por eso trato de casarla; me fastidia verla siempre pegada á las faldas de su abuela. Casada Lea, viviremos con ella disfrutando de los millones de su prometido, pues sabes, querida hermana, que yo necesito alguna sombra protectora, ya que eso de trabajar no ha entrado nunca en los cálculos de Cristián.

ELVIR. ¿Insiste en que sea don Ramón el esposo de Lea?

DORA. Más que nunca.

ELVIR. Bien pensado; algo entrado en años, pero sus millones le prestan juventud y hermosura. El oro es el todo de la vida. Encubre pecados, borra manchas, nos granjea respetos y alta posición en el mundo. Sin ir muy lejos, allí tienes á don Canuto, nuestro vecino: casado con una mujer de vida airada, pero que aportó al matrimonio algunos pesos, frecuentan lo mejor de nuestra sociedad y son bien acojidos en ella. ¿Y doña Cándida? Rica también, con hijos que son verdaderos querubines y un marido que sólo ve por sus ojos, y......No hay cosa como tener dinero. ¿Pero si Lea resiste?

DORA. De todos modos la arranco de aquí, aunque para ello sea preciso sustrar á la vieja de las joyas que tan cuidadosamente guarda.

ELVIR. Nada de violencias; sabes que aun poseo algo de lo que me dejó mi difunto marido, y que todo es tuyo.

DORA. Gracias, mi noble Elvira.

ELVIR. Sí, saquemos á Lea del Parnaso en que vive; todos los días, esa vieja loca le lee de principio á fin sus madrigales y romances; á una niña de cortos años! Que escriban los hombres, de ellos es el mundo, de ellos libertades y derechos; pero, una mujer! Su círculo es muy estrecho, el hogar, y la que sale fuera de él, no alcanza otra cosa que el ridículo. Lea tiene que desviarse del buen camino y ser como ella. Se sabe de memoria todas las tonterías que escribe la abuela, y tiene la cabeza y el corazón llenos de sueños absurdos que á nosotras nos toca desvanecer.

DORA. Ya se convertirán en humo.

ELVIR. Las dos, el coche nos espera. (*Mirando el reloj*)

DORA. Partamos. [*Salen por el foro*]

ESCENA SEPTIMA

ANDREA

¡Pobre señora mía, qué rudo golpe va á sufrir! ¡Arrancarle á esa niña, objeto de su adoración más tierna! ¡Miserables! Comen su pan y la traicionan á la sombra: esto no me admira, sé que en el mundo todo se traiciona y se vende.

ESCENA OCTAVA

ANDREA—DOÑA MARCELA (*Viene por la izquierda*)

MARC. Andrea, mi fiel compañera de treinta años; más que criada, has sido para mí una amiga cariñosa; ven, quiero confiarte el nuevo dolor que me lacera.

ANDR. Lo conozco, señora, tratan de casar á Lea para arrancarla á la ternura de U. Dicen que ha perdido U. el juicio y que inculca perniciosas ideas á nuestra niña.

MARC. ¡Esto más! ¿Conque no es sólo en el mundo en donde se me ridiculiza y aplasta? ¿También en el hogar se me calumnia porque la blanca nieve de mis años no hiela mi corazón y sueño todavía! Dime, cometo un crimen con amar á Lea? ¿No es hija de mi hijo, no es mi sangre?

ANDR. Acusan á U. de mimarla demasiado.

MARC. Soy dos veces madre y las madres amamos hasta el infinito. ¿Y sabes con quién tratan de casarla?

ANDR. Oh, sí, señora, pero ese matrimonio es imposible! Acaso......

MARC. Silencio! en esta casa hasta las paredes oyen y hay secretos que deben morir con nosotros.

ANDR. Y U. no lo impedirá?

MARC. De eso trato, Andrea; pero veme, vieja y debil, sola para luchar porque Dora ha apagado en el corazón de mi hijo hasta el cariño que me debe, qué puedo hacer?

ANDR. En último caso......

MARC. ¡Nunca, Andrea!

ANDR. Su bondad es la causa de sus sufrimientos.

MARC. El deber es mi norte, y luego Cristián......¡Oh no, mil veces no!

ANDR. Pero, señora. [*Con impaciencia*]

MARC. Sabes si piensa mi hijo como su mujer y su cuñada?

ANDR. Como lo dominan á su antojo, el señor quiere todo aquello que ellas le imponen.

MARC. Anda y dile que lo espero; necesito oír de sus labios la confesión sincera de sus sentimientos.

ANDR. Voy volando antes que vuelvan las señoras.

MARC. ¿Y qué tengo yo que temer de ellas? [*Sale Andrea por la derecha*]

ESCENA NOVENA

DOÑA MARCELA

¡Nunca! A costa de mi vida, Lea será feliz. Esa unión pesaría como una montaña sobre mi corazón de madre: la arrullé en la cuna, le enseñé á balbucir las primeras frases que como

música celestial brotaron de sus labios, dirijí sus pasos, evité que sus alas tocaran la tierra. ¿y he de verlas rotas y cubiertas de fango? Lucha cruel, acabarás por destrozarme!

ESCENA X.

DOÑA MARCELA—LEA

LEA. ¡Abuela!
MARC. Acércate, niña.
LEA. Desde la ventana de mi alcoba he visto á Gustavo, se dirije hacia acá.
MARC. Que venga, si yo falto antes de verte dichosa, habrá un sér que vele por tí.
LEA. ¿Y si saben mis padres que ha venido?
MARC. No hay por qué ocultarlo, yo misma se lo revelaré.
LEA. Ay, abuela, como me late el corazón, presiento un conflicto, tengo miedo! Me marcho.
MARC. Quédate.

ESCENA XI.

DOÑA MARCELA, LEA, GUSTAVO

GUST. [*Desde el foro y descubriéndose*] ¿Se puede?
MARC. Adelante, hijo mío.
GUST. [*Avanzando*] ¡Lea!
LEA. ¡Gustavo!
GUST. Lejos de tí, alma de mi alma, me es insoportable la vida. Perdone U. doña Marcela. [*Estrechándole la mano*]
MARC. Todo lo sé, Gustavo, sé que amas á mi nieta, que ella te corresponde y precisa que en este mismo instante se decida vuestro porvenir. Lea, ve á llamar á tu padre.
LEA. Dame la mano, estrecha la mía, prométeme que si nos es adverso el fallo de mi padre, esperarás en calma que luzcan días mejores.
GUST. Esa esperanza alienta mi vida.
LEA. Hasta que vibre la hora feliz de unir nuestros destinos, piénsame y ámame.
GUST. ¡Siempre! [*Sale Lea por la izquierda*]

ESCENA XII.

DOÑA MARCELA—GUSTAVO

GUST. No en vano esperé que U. me daría la felicidad, doña Marcela.

MARC. Si de mí dependiera, Lea sería hoy tu esposa, pero es á su padre á quien le toca concederte su mano. La amas mucho?

GUST. Pálida es la frase para expresar á U. el amor que me inspira esa niña. Sólo en el mundo, pues bien sabe U. que perdí á mis padres casi al nacer, en ella he reconcentrado todos mis afectos. Impulsado por su cariño, puedo llegar á ser un héroe; sin él rodaría al abismo, en que tantos desgraciados matan la inteligencia hollando nobles sentimientos y aspiraciones santas. La primera vez que mis ojos se posaron en ella, oraba, y la creí uno de esos ángeles hermosos que se destacan entre flores en los blancos altares. Sacando afuera mis ternuras dormidas, las arrojé á sus plantas; ella las recogió, las guardó en su seno y me ofreció las suyas: desde entonces, dejé de ser hombre para transformarme en Dios!

MARC. Así debes amarla sin restricciones ni recelos, para que sea dichosa. Ojalá reine siempre como soberana en el hogar que labres para ella. Callemos, alguien viene.

ESCENA XIII.

DOÑA MARCELA, GUSTAVO, CRISTIÁN, DON RAMÓN

[*Los dos últimos vienen por la derecha*].

RAMÓN. Quedamos convenidos. [*A Cristián*]

CRIST. Sin que nada pueda hacer variar mi resolución. Caballero. [*Saludando á Gustavo*]

MARC. Es Gustavo, Cristián.

CRIST. Lo dejé de ver niño y lo hallo hecho un hombre. [*Se estrechan la mano*]

RAMÓN. Dejo á UU. para volver á verlos luego.

CRIST. Esperamos á U. á las ocho.

RAMÓN. No faltaré. [*Se inclina y sale por el foro*]

ESCENA XIV.

DOÑA MARCELA, CRISTIÁN, GUSTAVO

CRIST. Sentémonos. ¿A qué debo el honor de su visita?

GUST. La honra es mía. Doña Marcela expondrá á U. el objeto, señor don Cristián.

CRIST. Hable U. madre.

MARC. Gustavo viene á pedirte la mano de Lea. Espero que se la concedas porque solo un hombre de corazón puede hacerla dichosa.

CRIST. En este momento no puedo resolver nada. Para otorgarla, necesito hablar á mi hija, convencerme de que anhela unirse á U.

GUST. Perdone U., puedo asegurarle que Lea sólo aspira á ser mía.

CRIST. Con todo, quiero oírlo de sus labios.

MARC. Lea me ha hecho la confesión completa de sus sentimientos; ama á Gustavo de manera absoluta, como se ama á su edad, con ese amor todo esperanzas que transforma la vida en cielo y llena el corazón de ilusiones.

CRIST. Repito que no puedo resolver nada en este momento.

GUST. ¿Pero, á lo menos me será dado esperar?

CRIST. Ni acepto ni rechazo, el éxito de su petición, depende de las circuntancias.

GUST. (¡Mueren mis esperanzas!)

CRIST. Ha terminado nuestra conferencia.

GUST. Deme U. un plazo para conocer su resolución.

CRIST. Lo sabrá U. pronto.

GUST. Gracias. Suplico á U. me permita despedirme de Lea.

CRIST. Dispense U., Dora se halla indispuesta y mi hija no puede abandonarla.

GUST. (Es un desahucio en forma, doña Marcela)

MARC. (Espera)

GUST. A los pies de UU.

CRIST. Hasta la vista.

(*Váse Gustavo por el foro*)

ESCENA XV.

DOÑA MARCELA—CRISTIÁN

CRIST. ¿Deseaba U. verme, madre?

MARC. Sí, necesito hablarte.

CRIST. Escucho á U.

MARC. ¿Estás al corriente de los proyectos de tu esposa respecto á Lea?

CRIST. Sí.

MARC. ¿Y consientes en que esa niña trueque la luz de sus años por un enlace sin amor?

CRIST. Dora lo quiere.

MARC. ¿Y careces de esa fuerza poderosa que reside en el corazón del hombre para oponerte á sus deseos? Con tu primera esposa, madre de Lea, no eras tan débil.

CRIST. Esos deseos son órdenes para mí, madre.

MARC. ¿No tienes voluntad propia? ¿Por qué has de doblegarte á todos los caprichos de tu esposa, sin oponer á las sinrazones de su escasa inteligencia, las razones que te sugiera la tuya? Con qué si en pleno día, Dora asegura que es de noche, cierras los ojos á la luz y te sumerjes en tinieblas?

CRIST. ¡Qué quiere U., la amo tanto!

MARC. Es tu deber, ámala, Cristián; ámala, es la madre de......tu hijo, pero no sacrifiques á Lea, uniéndola á un hombre cuyo corazón se halla exhausto de ilusiones. El matrimonio es institución divina, la unión de dos séres santificada por el amor: cuando éste no ata los corazones, la vida carece de encanto y el hogar de luz.

CRIST. Al conocer las bellas cualidades de don Ramón, mi hija le amará.

MARC. ¿Cualidades ese hombre? ¡Ninguna!

CRIST. En verdad, no comprendo por qué tiene U. tan mala voluntad al mejor de mis amigos.

MARC. ¡El mejor de tus amigos!

CRIST. Constante compañero de luchas y calma, de alegría y dolores, cuando Ricardo nos abandonó, mezcló sus lágrimas á las mías, é hizo ver á Dora menos tristemente la vida.

MARC. [¡No poderle decir!]
CRIST. Y luego, acuérdese, madre, se opuso U. á la vocación de mi hijo y hoy es feliz.
MARC. ¡Feliz el pobre niño! ¡Feliz con el alma muerta, sin porvenir y sin hogar!
CRIST. Lo compadece U. hoy y no le amó jamás.
MARC. Mi corazón se inclina al que padece. Mientras vivió dichoso á nuestro lado, no sé porqué...... en fin, le dí algo de la ternura que inspira un inocente. Ahora. ....Es mejor, Cristián, no volver la mirada á lo pasado que tantas amarguras me guarda. Prométeme que Lea no será la esposa de ese hombre.
CRIST. De esa unión depende la tranquilidad de mi hogar.
MARC. Y si yo te dijera......
CRIST. Ahorremos palabras: la visita de don Ramón no tiene otro objeto que sentar las bases de la felicidad de mi hija.
MARC. ¿Es cosa convenida?
CRIST. Tiene ya mi palabra.
MARC. ¡Retírala, Cristián, te lo pido por las cenizas de tu padre.
CRIST. Ya es tarde.
MARC. Nunca es tarde para salvar el honor.
CRIST. Esplíquese.
MARC. [*Con angustia*] ¡No puedo, no! ¿Quieres que me arrodille ante tí y postrada á tus plantas te jure que esa unión es un crímen?
CRIST. ¿Un crimen? El crimen es algo muy negro en cuyas sombras palpita la infamia: algo que nos mancha y no puede borrarse. [*Con exaltación*] ¡Dígame por qué me habla así!
MARC. Porque ese hombre......¡hijo mío, hijo mío!
CRIST. Me parece comprender. [*Con descesperación*]
MARC. No acuso á nadie.
CRIST. Mi razón vacila, todo gira en torno mío; cae el ídolo, muere la fe, mi corazón se rompe!
MARC. [*Con la voz trémula por los sollozos y tendiéndole los brazos*] ¡Cristián!
CRIST. [*Arrojándose en ellos*] ¡Madre!

FIN DEL PRIMER ACTO.

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del anterior. En un lado de la sala, una cómoda. Es de noche.

ESCENA I.

LEA

No alcanzo á comprender lo que aquí pasa: terrible tempestad ruje sobre este hogar tranquilo ha pocas horas, cual transparente lago. Mi padre no sale de sus habitaciones, mi abuela decae visiblemente, solo Dora y Elvira gozan y ríen, luciendo hermosas galas en visitas y paseos. Escribí á mi hermano Ricardo comunicándole mi matrimonio, y me contesta que esa unión es imposible. Aquí está la carta, [*sacándola del seno*], mis besos casi han borrado tan consoladoras frases. ¡Imposible! ¡En vano trato de penetrar la causa, en vano! Con todo, me siento feliz al saber que no seré la esposa de ese hombre. Mi abuela trabaja para unirme á Gustavo: pobre abuela mía, tan buena! [*Se sienta y apoya la frente en sus manos*]

ESCENA II.

LEA—CRISTIÁN

CRIST. (*Acercándose á ella*) ¿Estás triste, Lea?

LEA. ¡Padre!

CRIST. No debo preguntártelo, la vida es una cadena de dolores. Dáme tu frente, déjame posar en ella mis labios.

LEA. ¿Me quieres, padre?

CRIST. ¿Cómo no amarte, si eres buena y bella como un ángel. Y tú me amas?

LEA. Con toda mi alma.

CRIST. No me niegues nunca tu ternura, no sabes cuánto necesito de ella; soy tan desgraciado! Mi primer dolor fué perder á mi padre, imaginé que no podía haber otro más grande. Después

perdí á Ricardo, el llamado á perpetuar mi nombre, á ser el jefe de este hogar cuando yo muera.

LEA. No te aflijas, Ricardo es dichoso.

CRIST. No quise torcer su vocación, pero desde que falta en el hogar......siento un vacío!......

LEA. ¿No me tienes á mí?

CRIST. Has vivido tan lejos de mi corazón! Pensé que me temías, que no me amabas.

LEA. ¡No amarte yo! (Si se lo confesara todo).

CRIST. ¿Por qué llorabas?

LEA. Por nada, lloro sin saber por qué.

CRIST. Eso no es cierto, Lea, ábreme tu corazón.

LEA. Pues bien, padre, no quiero casarme.

CRIST. Es esa la causa de tu tristeza?

LEA. Sí.

CRIST. Tranquilízate, talvez olvidemos ese proyecto, niña mía.

LEA. (*Con alegría*) ¿Deveras?

CRIST. Mañana quedará resuelto. Ahora véte, si ha vuelto tu madre, dile que la espero aquí.

LEA. Es que quisiera decirte......

CRIST. Habla.

LEA. Gustavo .....

CRIST. Ah es cierto, sí, te ama y me ha pedido tu mano.
No extrañes que lo haya olvidado, tengo aquí mucho hielo, (*Señalando su frente*) y aquí, un volcán que me abrasa. (*Llevando la mano al pecho*). El cerebro en pedazos y el alma en sombras. Mis ideas se confunden por que entre todas, surge una terriblemente negra, como el abismo, como la duda! Perdóname y dime, tú lo amas? [*Manifestando sufrimiento*]

LEA. ¿Qué tienes padre mío?

CRIST. Nada, nada, contéstame;

LEA. Cifro en su cariño mi ventura. Antes de conocerlo, bastaban á mi dicha una mirada tuya, una sonrisa y un beso de mi abuela: pero lo ví, sus ojos me hicieron conocer el amor en toda su grandeza, desperté á la vida; á esa vida de emociones y esperanzas que es como el principio de nuestra existencia. Lo miro en todas

partes; en la flor que se abre, en la fuente que murmura, en el rayo de sol que vivifica la tierra, en el astro que nos sonríe, en los sueños que acarician mi frente, y más que todo, en mi alma.

CRIST. ¿Se lo has dicho?

LEA. Sí, padre.

CRIST. ¡Pobre Lea! Vas por el mundo con el corazón en la mano sin comprender que en él se escarnece la lealtad y se eleva la falsía.

LEA. Es que Gustavo no se parece á los demás.

CRIST. Solo á la experiencia le es dado sondear corazones, y ella se adquiere sólo después de haber sufrido: cuando quedan ruinas en el pecho y seco el raudal de nuestras lágrimas.
Déjame reflexionar, nada te prometo, pero, si como temo, tu matrimonio se hace imposible, serás esposa de Gustavo.

LEA. [*Besándolo*] ¡Dios te bendiga!

CRIST. Ve si ha vuelto Dora, dile que la espero.

LEA. Te dejo con pena.

CRIST. Ya nos veremos luego.

[*Váse Lea por la izquierda*].

ESCENA III

CRISTIÁN.

Siento desatarse en mi alma toda una tempestad. Arrecia el viento, arrebata las hojas y todo queda desprovisto de verdor. Quiero hablar á Dora, quiero mirar sus pupilas en las que he leído siempre el más oculto de sus pensamientos. Mi cerebro es hoy una máquina á vapor, pero no adelanta, retrocede, viaja en el pasado, penetra en cavidades sombrías y se para. [*Pasándose la mano por la frente*] Anda en las convulsiones de mi agonía, necesito

un rayo de luz que me ilumine. Siento sus pasos y quiero calmar esta agitación de mar enfurecido que me golpea el pecho; una nube de sangre oscurece mis ojos. Las palabras de mi madre zumban en mis oídos y me parece escuchar por do quiera las carcajadas del ridículo. ¡Débil! No hay hombre débil cuando trata de vengar su honor.

ESCENA IV.

CRISTIÁN, DORA, ELVIRA. [*Estas vienen por el foro.*]

DORA. Pues volvemos bien tarde, las siete y desde las doce en la calle. Cristián! (*Acercándose á él.*)

CRIST. (*Distraído.*) Has tardado mucho.

ELVIR. Pero hijo, si es imposible, por más que se desee, hacer visitas cortas: hay tanto de que hablar! De modas, del tiempo, de las grandes crisis políticas; y luego, tenemos deberes con la sociedad que no podemos dejar para mañana.

DORA. Y digan lo que quieran, es una diversión inocente eso de murmurar del prójimo, y como en sociedad no se hace otra cosa............ ... Que gracia tiene Manuelita para poner defectos á sus amigas; quisiera poseerla yo para enumerar los de ella y los de su rubia y sosa hermana. Y te fijaste en las miradas del jóven aquel á Manuela? Allí hay álgo gordo. Lujo de la noche á la mañana, y ayer no más, acuérdate!

ELVIR. Ya había oído hablar sobre el asunto, pero al buen callar llaman Sancho.

CRIST. (*Volviendo de su ensimismamiento*) De quién hablas?

DORA. De Manuelita.

CRIST. Ignoran Uds. que esa niña acaba de recibir una cuantiosa herencia?

DORA. Efectivamente, no lo sabiamos, por eso supuse................

CRIST. Cuántas suposiciones falsas forja la fantasía! Dechado de virtudes es Manuela y el mundo la respeta y admira.

DORA. Me alegro. Pero no puedes decir lo mismo de Teresa. Eso es público; que vergüenza!

CIRST. Frecuentas su casa, la llamas tu amiga, la besas y murmuras de ella; eso es indigno, Dora. Ten caridad si quieres que la tengan contigo.

DORA. Me parece que en la intimidad del hogar, bien puedo hablar así.

CRIST. De la murmuración surge la calumnia, serpiente que se enrosca al cuello, nos muerde, nos ahoga y envenena la vida. Para condenar faltas ajenas, precisa llevar limpia la conciencia.

DORA. Jesús! y de que manera lo dices.

CRIST. (Teme; pues es culpable.) Déjanos, Elvira. Tú, ven, siéntate á mi lado. (*Sale Elvira por la derecha.*)

ESCENA V.

CRISTIÁN, DORA.

DORA. (Su expresión infunde miedo.) Que me quieres, dulce amigo?

CRIST. (Siento ceder mi enojo, disiparse mis dudas.) Dora,es necesario que hablemos; siéntate y escucha. Mi madre se opone abiertamente al enlacede nuestra hija con D. Ramón; ha llegado á decirme que esa unión sería un crímen.

DOTA. Tu madre, sea por su avanzada edad ó el contínuo ejercicio mental, no goza de todas sus facultades

CRIST. (Eso debe ser, sí.) Estás segura?

DORA. Si no lo estuviera, no lo diría. Los ancianos son como los niños, se posesionan de una idea, le dan forma según su capricho, y toman en realidad aquello que se les antoja. Doña Marcela ha tenido siempre prevención por nuestro amigo, y á veces pienso que allá en la primavera de los dos, haya habido álgo por lo que pueda hoy tenerle ojeriza.

CRIST. Dora!

DORA. No te impacientes, amado de mi alma; el amor pasa y á veces lo sustituye el odio.

CRIST. (A quien creer, Dios mío?) Don Ramón es antiguo amigo nuestro; por insinuación suya, me casé contigo, pero me parece recordar que en otro tiempo era muy buen amigo de mi madre.

DORA. Entonces.. ....

CRIST. Dora, es que yo he levantado á esa mujer un altar dentro de mi alma! Cuando era niño, prefería arrodillarme ante ella que ante la hermosa imágen de la madre del Salvador. Unía las manos y me extasiaba en su contemplación como nos extasiamos ante los admirables cuadros que nos ofrece la naturaleza. Cuando fuí hombre y sus cabellos comenzaron á cubrirse de nieve, besaba su cabeza venerable en la que me parecía mirar luminosa aureola, la aureola de una santa. Si me dijeran que tu me engañas, me volvería loco, y si me convenciera de que sus canas están manchadas, moriría.

DORA. Quiere decir que la amas más que á mí.

CRIST. Cuando se pierde á la mujer amada, el corazón se llena de sombras y el alma de tristeza: se llora, pero á poco las lágrimas se secan y el vacío se llena, porque se vuelve á amar. Muere la madre y ya no hay flores que se abran ni rayos del sol que nos alumbren, el frío de la orfandad nos envuelve y el mundo es un desierto: madre no hay más una!

DORA. Sin dejar de amarla, precisa que creas que su vida encierra una falta.

CRIST. La prueba, Dora, la prueba!

DORA. Puedes encontrarla en ese mueble. (*Señala la cómoda.*) Del que siempre lleva consigo la llave.

CRIST. Oh me parece que un mazo de hierro me rompe el cráneo! Si lo que me aseguras es cierto, el matrimnonio de mi hija se hace imposible.

DORA. No pienso como tú.

CRIST. Quieres que se realice? Eso sería monstruoso! Pero no, si no puede ser, mi madre dobla en edad á ese hombre y mi padre era superior á él.

DORA. Eso no prueba que tu madre haya faltado; casi siempre el amante vale infinitamente menos que el marido.

CRIST. Dices que en ese mueble está la prueba, la tendré! Cuando con el corazón chorreando sangre, me convenza de mi desgracia, ábreme tus brazos para llorar en ellos.

DORA. Sabes que toda yo soy tuya.
CRIST. Gracias, Dora, gracias. (*Besándola en la frente.*)
DORA. Si es mucho lo que te amo!
CRIST. Que feliz me haces! (*Váse Cristián por la izquierda.*)

ESCENA VI.

DORA.

En mis manos es un niño al que domino á mi antojo. Lea será esposa de D. Ramón, aunque para conseguirlo tenga que pasar sobre el cadáver de Cristián y el de su madre. Ay del que trate de impedírmelo

ESCENA VII.

DORA—LEA.

DORA. Acércate, niña, quiero hablarte.
LEA. Aquí me tiene U., señora.
DORA. En donde está tu abuela?
LEA. No lo sé, la buscaba.
DORA. Oye bien lo que voy á decirte.
LEA. Escucho á U.
DORA. No aspiro sinó á labrar tu felicidad.
LEA. Siga, siga. (Va á decirme que consiente en mi unión con Gustavo.)
DORA. Después de meditarlo mucho, veo que el esposo que te conviene es D. Ramón.
LEA. Que barbaridad! (Yo pienso todo lo contrario.)
DORA. No conoces la vida. Es preferible un hombre de mediana edad, á esos jóvenes calaveras que disipan en locuras las fortunas de sus esposas.
LEA. Pero yo no puedo temer eso porque soy pobre.
DORA. Aunque no lo temas, quiero, es mi voluntad que te unas á él.
LEA. Ay, señora, me moriría de miedo.
DORA. De miedo?
LEA. Y de pena. Yo comparo á D. Ramón con un montón de ruinas sobre las que lanza su siniestro grito el ave de la muerte.

DORA. Hablemos con claridad. Tu padre, influenciado por tu abuela, ha concebido dudas respecto á mí, que me toca desvanecer.

LEA. Puedo saber?

DORA. No, si te casas, con solo ese hecho, me salvas.

LEA. (Dios mío.) Pero mi abuela no puede haber dicho sinó la verdad.

DORA. Tu abuela es una pobre vieja visionaria que así como forja cuentos forja calumnias.

LEA. Ella, imposible! No hay espíritu más recto, ni corazón más sano.

DORA. Sábelo, si resistes la pierdes para siempre.

LEA. Sería U. capáz.

DORA. De todo.

LEA. Ha sido tan tierna para mí, que la amo como á los alegres juegos de mi niñez; se halla unida á ellos en mi memoria con fuerza poderosa. Oh, Señora, separarme de ella sería labrar mi eterna desventura!

DORA. Entonces, cásate.

LEA. Si U. supiera!

DORA. Lo mando, te toca obedecer.

LEA. Pero ese hombre también me llevará lejos de ella.

DORA. Puedo conseguir que te deje á su lado. (Es lo que menos pienso.)

LEA. Hará U. eso?

DORA. Empeño mi palabra.

LEA. Es inmenso mi sacrificio.

DORA. Lo quiero!

LEA. Está bien, Señora.

DORA. Comunícale á tu padre y á Doña Marcela tu resolución.

LEA. (Yo muero!) Lo haré, pero verdad que está lejano el día de mi sacrificio? quise decir de mi boda.

DORA. Un mes á lo sumo.

LEA. Es bastante. (*Con amarga sonrisa*).

[*Váse por la izquierda.*]

ESCENA VIII.

DORA.—DOÑA MARCELA.

[*Viene por la izquierda.*]

MARC. Dora.

DORA. Que se ofrece?

MARC. Hacerte una súplica. Dame el brazo, préstame tu apoyo, hija mía. Me siento tan débil que no puedo sostenerme sola. Quiero que oigas en calma lo que voy á decirte.

DORA. No podré conceder á U. mucho tiempo.

MARC. Seré breve. Cristián me ha dicho que el matrimonio de Lea se ha arreglado yá.

DORA. Comprendiendo que no podemos encontrar mejor partido para nuestra hija, nos hemos apresurado á aceptar á D. Ramón, seguros de que la hará feliz.

MARC. Tu sabes bien que no puede serlo unida al que la quiere para esposa. Entre ese hombre y mi nieta se levanta un abismo imposible de salvar.

DORA. Pudiera U. decirme cual?

MARC. Antes que yo, podrá responderte tu conciencia.

DORA. Como esta nada me dice, necesario se hace que U. aclare este punto. (Veremos cual vence.)

MARC. Eres madre también y sabes que la misión de la madre es divina. Abnegación y sacrificio, esas dos palabras las llevamos esculpidas en el alma por la naturaleza misma. Quiero que hagas ver á Cristián que esa unión no puede realizarse.

DORA. Precisamente es lo que no haré nunca.

MARC. Nunca? Sabes que puedo obligarte.

DORA. (*Con desdén*) Usted?

MARC. No hagas que me apreste á la lucha; sé razonable, no te arrepentirás de ser buena. Por tu dicha, por la de Cristián, olvida ese proyecto insensato, piensa en Ricardo, se madre antes que mujer, y la tranquilidad volverá á nuestras almas y á nuestro pobre hogar.

DORA. No se canse U., Doña Marcela, Don Ramón es rico y prefiero el dinero á todo en la vida.

MARC. Lo has probado.

DORA. Me casé con pobre y es triste mi presente y más triste aun mi porvenir; no quiero que Lea tenga mi misma suerte.

MARC. No es tu hija. Para la mujer buena, el tesoro más preciado es la estimación del que aceptó por compañero.

DORA. No en nuestra época.

MARC. Siempre! si la luz de la inteligencia besa nuestra frente y la de la virtud el corazón.

DORA. Terminemos; emplee U. sus lecciones de moral con quien las necesite. Hasta luego.

[*Váse por la derecha*]

ESCENA IX.

DOÑA MARCELA.

Oh que abismo es el corazón humano! Esa mujer tiene la figura de un ángel y en el fondo.........!

Esta lucha va quebrantando mis fuerzas. Al venir aquí encontré á Cristián y ha desviado de mí la mirada.

Mi hijo! Cúmplase tu voluntad, Dios mío!

[*Durante este monólogo, Doña Marcela introduce distraidamente la llave en la cerradura de la cómoda, abre é interrumpida por Lea, se separa violentamente dejando allí la llave.*]

[*Se sienta en actitud meditabunda.*]

ESCENA X.

DOÑA MARCELA—LEA.

LEA. Que tienes, abuela mía?

MARC. Nada, hija, nada.

LEA. Estás triste, lo leo en tus ojos, en la palidez de tu semblante.

MARC. Me siento mal, eso es todo.

LEA. Tu alma es la que padece.

MARC. Mi alma padece y mi cuerpo se inclina á la tierra.

LEA. Mira, sino puedes vencer la obstinación de mis padres, me someto á sus deseos: que importa mi sacrificio si vuelve á iluminar tu rostro la alegría?

MARC. Niña! piensas que puedo ser dichosa viendo muerto tu porvenir? Serás feliz á costa de mi vida.

LEA. Es que no podría serlo si te perdiera.

MARC. Tus palabras me infunden valor para seguir luchando. Estos desmayos de mi espíritu, son nubes de verano que se disipan con sólo una mirada tuya. Viviré puesto que soy necesaria á tu dicha: lo vez, si estoy fuerte apesar de mis años. [*Al ir á ponerse en pié, vacila.*]

LEA. Lo ves? Tiemblas, tu palidez aumenta, te acompaño.

MARC. No, quédate. Así débil y enferma como planta sin sávia, todavía puedo prestarte sombra: el verdadero amor puede vencer al destino. [*Sale Doña Marcela por la izquierda.*]

ESCENA XI.

LEA.

Secreta angustia el corazón me oprime. Oh si la perdiera! No lo permitas, Dios mío. [*Elevando las manos y los ojos al cielo.*] Que hora es? Las diez. Gustavo no debe tardar. Halagada por esta esperanza, en medio de su tristeza, tiene mi corazón latidos de alegría. Si lo vieran! [*Mirando á todas partes.*] No, la casa está desierta y Andrea está por mí.

ESCENA XII.

LEA—GUSTAVO.

LEA. Llega muy quedo, pudiera oirte.

GUST. Amada mía! Ha resuelto algo tu padre? Lea, ya se hace necesario tomar una resolución que afiance nuestra dicha determinando nuestro porvenir. Me amas siempre?

LEA. Puede dudarlo? [*Tristemente.*] Gustavo, hay que esperar aun.

GUST. Esperar! Esperar siempre un rayo de luz y ver que se ahondan más y más las tinieblas!

LEA. Es que tu no sabes lo que aquí pasa. Mi padre tiene un aire tan extraño, que me apena; mi abuela llora en silencio y Dora parece inquieta; entre los tres debe haber algo muy triste para que así altere la paz de los corazones y del hogar.

GUST. Pues por lo mismo, resuélvete á ser mi esposa aunque sea á despecho de tus padres.

LEA. Abandonarlos cuando sufren, no, Gustavo; he confesado ya á mi padre mi amor por tí, y es mejor esperar.

GUST. Le has dicho?

LEA. Todo.

LUST. Que feliz me haces!

GEA. Confía en mí, volveré á hablarle. Andrea te hará saber el resultado de nuestra entrevista.

GUST. Pero, cuando?

LEA. Mañana á mas tardar, ahora véte, pueden sorprendernos.

GUST. Me juras que ocurra lo que ocurra, serás mía?

LEA. Te lo juro! No podría vivir sin tí.

GUST. Bendita seas, alma de mi alma!

LEA. Adios: no, hasta luego, hasta siempre! [*Váse.*]

ESCENA XIII.

LEA—CRISTIÁN.

CRIST. Con quien hablabas?

LEA. [*Tomando un libro de la mesa*] Leía.

CRIST. Pero te hallas conmovida.

LEA. Pensaba en tí y como estás tan triste!

CRIST. Borrascas inevitables de la vida. Cálmate y recobra tu alegría. Ve, hija mía, recógete y sueña: que hermoso será dormir eternamente!
[*Váse Lea, por la izquierda.*]

ESCENA XIV.

CRISTIÁN—DON RAMÓN.

RAMÓN. Buenas noches, Cristián. Apesar de mi impaciencia, he tenido que retardar la hora. La culpa no es mía, algunos amigos fueron á casa y no podía ponerlos en la calle.

CRIST. Oh, los amigos! Que ratos tan felices hacen pasar, cómo embellecen la existencia! [No puedo mirarlo, lo ahogaría entre mis manos.]

RAMÓN. Conque no nos falta sinó fijar el día de la boda.

CRIST. La boda? Ah, sí, pero, suplico á U. lo dejemos para más tarde, no puedo resolverme á casar á Lea.

RAMÓN. (Qué cambio!) Que es esto, Cristián?

CRIST. Es, es que como hombre conozco á los hombres y no quiero que en el alma cándida de mi hija se nuble la aurora de sus sueños. Es...

RAMÓN. No pensaba U. así hace pocas horas.

CRIST. Es que........(No puedo decirlo! esa frase quemaría mis labios, sería el torbellino que me llevara al abismo.) Basta! Necesito estar solo, déjeme U., se lo ruego. Le prometo que nos veremos pronto; oh sí, yo mismo iré á buscarlo y entonces.........[calmaré esta sed que me devora: mi venganza tiene que ser más grande que su infamia.]

RAMÓN. Me retiro. Buenas noches.

CRIST. Adios y gracias. [*Con sarcásmo*]

ESCENA XV.

CRISTIÁN.

Al fin solo! Es la hora de los misterios y todo es misterioso en torno mío. Me resisto á creer culpable á mi madre; no sé como no me arrojo á sus pies y le espongo mis dudas. Hasta hoy he llevado mi frente alta, pensando que ni la luz del sol era más pura. Me resisto á expiarla, á arrancar á ese mueble el secreto que ella ha guardado cuidadosamente tantos años. Que fuera inocente! Pero, entonces sería Dora la culpable puesto que aquí se encierra un delito. Ella! [*Con la voz trêmula por las lágrimas.*] La mujer de mis sueños, adoración de mi alma! [*Pausa.*]

Héme aquí convertido en un ladrón infame, pero quiero saberlo todo. Dora dice que allí está la prueba, vamos. La incertidumbre agi-

ta el espíritu y perturba la razón. Tengo un infierno en el alma! [*Acercándose á la cómoda.*] Qué miro! (*Con alegría*) Ha olvidado la llave. Pero si volviera! Arrostrémoslo todo. (*Abre y va sacando los objetos que nombra*) Estuches, conozco todas estas joyas: cuando mi padre vivía, mi madre se adornaba con ellas, y su diáfana hermosura eclipsaba el brillo de estas piedras. Blondas antiguas, álbum de recuerdos, cartas mías de cuando me hallaba en el colegio. Acá un papel doblado y sellado, será este? (*Examinandolo*) Sobre en blanco, nada que indique á quien va dirigido.—Oh! como me late el corazón. ¡Cubre mis ojos una nube! [*Apoyandose en el mueble.*] Pero, quiero leerlo, ver el nombre que encierra, apurar mi desdicha hasta el fin. (*Rasga el sobre.*) Nada! En vano lo busco, en vano! (*Leyendo*)—"Confío en que asi como has sabido ocultar nuestras relaciones, ocultarás siempre que el niño es hijo mío; sobre todo á él á quien hay que seguir engañando."—No quiero saber más. !El, era mi padre; yo, el hijo del crimen! (*Se deja caer en una butaca sollozando*).—Dicen que mata el dolor y vivo todavía ¡Aquí, aquí está bien claro. Reza sobre la tumba del que infamó y al recordarlo, llora!—El tiempo casi ha borrado los signos de esta carta, pero no me engaño, no!

Le dí todas mis ternuras de niño, toda la veneración de que es capáz el corazón del hombre: desdichado de mi; no tengo nombre, no tengo madre! (*Estrujando la carta*)......

ESCENA XVI.

CRISTIÁN,—DOÑA MARCELA.

MARC. Que pasa, hijo mío? (La llave, la carta, ah!)

CRIST. [*Acercándose á ella casi hasta tocarla.*] Por espacio de cuarenta y cinco años, me he sentido orgulloso de mi nacimiento: llevaba un apellido ilustre y sin macha y creí en la virtud de U.

como creemos en Dios cuando todavía envuelve nuestro espíritu el blanco velo de la fé.

MARC. Que dices ¿Piensas que yo......?

CRIST. No pienso, creo!

MARC. Explicate para que pueda comprenderte.

CRIST. Amada hasta el delirio por el que yá descansa; sin conocer privaciones ni miserias, gozando de consideraciones en el hogar y de respetos en el mundo, descendió U. del trono al que la elevó un corazón honrado y manchó el honor dle que le dió su nombre. Aquí está la prueba, aqui!

MARC. Desde cuando puede convertirse un hijo en juez de la que le dió el sér?

CRIST. Desde que mira sus álas de angel rotas y manchada la luminosa aureola que la circunda.

MARC. Vuelve en ti, desgraciado, recuerda mis ternuras y sacrificios.

CRIST. Lea U. y lea conmigo. Se revela una infamia. Un marido engañado, una mujer culpable, un niño inocente introducido al hogar por medio de la traición que hiere y lo profana todo. Ve U? Se ha omitido el nombre de la infame pero no el del seductor.

Este, era amigo íntimo del esposo de esa mujer: estrechó su mano, comió su pan y lo infamó á la sombra. Más vil que el asesino que mata para robar, por que las heridas que se infieren al honor, duelen, sangran y no se cicatrizan jamás. Y no poderlo triturar entre mis manos, escupirle el rostro, beber su sangre¡ El deshonor recaería sobre Dora, inocente de toda culpa.

MARC. Vuelve en ti, Cristián!

CRIST. Me hallo en pleno goce de todas mis facultades, solo que aqui hay una fiera que me desgarra el pecho. Y yo creía que mi mayor ventura era adorarla, consagrarle mi vida! Tenía celos del amor que profesaba á Lea; pensaba que esa niña me robaba lo que me debe solo á mi: insensato! Oh, diga U. diga pronto; quien es el niño de que se habla aqui?

MARC.	No lo sé.
CRIST.	Pues yo sí, soy un ser maldito, soy hijo de ese hombre que aborrezco y al que he de ahogar entre mis brazos!
MAC.	D. Ramón tu padre? No, mil veces no! Ese niño es otro, Cristián, lo juro por las cenizas del que tanto amé en vida!
CRIST.	Su nombre!
MARC.	No puedo decírtelo.
CRIST.	Y el de la culpable, el de la madre de ese desgraciado?
MARC.	El nombre de la culpable?
CRIST.	Si, pronto!
MARC.	Y si no te lo dijera?
CRIST.	Iré á buscar en la tumba la solución de este problema.
MARC.	Me niego, es superior á mis fuerzas!
CRIST.	Madre! y ni ante la muerte del ser que llevó en su seno, confiesa su pecado!
MARC.	(Acepta mi sacrificio. Dios mío!) *Sollozando*) Ese nombre lo has pronunciado muchas veces, lo repites en sueños y lo reverenciaste ayer.
CRIST.	Dora? (*Con angustia.*)
MARC.	Marcela.
CRIST.	(*Rechazándola.*) Usted?
MARC.	Yo! (*Cae desmayada en una silla.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO

La misma decoración de los anteriores.

Empieza amanecer.

ESCENA I

DORA,—ELVIRA.

ELVIR. Que trastorno, por Dios! A la calma ha sucedido la tormenta.
DORA. Pero me he salvado; tengo ideas tan felices!
ELVIR. Da. Marcela, se muere.
DORA. Cuando un edificio queda en ruinas, para levantar otro se apartan los escombros.
ELVIR. Piensas que con su muerte vuelva á reinar aqui la dicha?
DORA. La espero.
ELVIR. Pero mientras tanto el matrimonio de Lea se ha deshecho.
DORA. Mejor, he cubierto las apariencias y es imposible que Cristián pueda dudar de mi.
ELVIR. Y si Ricardo hablara? Lo sabe todo.
DORA. Un hijo acusar á su madre? Imposible!
ELVIR. Y que ha hecho Cristián?
DORA. Violentado por el dolor no supo lo que hacía; llevó las cosas demasiado lejos.
ELVIR. Pero dí, como se te ocurrió esa idea?
DORA. El instinto de conservación. Temí que Da. Marcela, para impedir el matrimonio de Lea, diera á Cristián esa carta y me adelanté á cerrarle el camino.
ELVIR. Y como guardaba ella esa prueba?
DORA. La perdi una noche al volver de un baile. Sin duda cayó al despojarme de mis galas y no lo eché de ver sinó despues de algunos días.
ELVIR. Y como supiste que ella la tenía?
DORA. Por la segurida con que dijo á Lea que su matrimonio no se efectuaría.
ELVIR. Y D. Ramón?
DORA. Ha sido despedido por Cristián.

ELVIR. Te apena?
DORA. (*Tristemente*) Ha sido mi único cariño.
ELVIR. Lo conociste antes ó despues de casada?
DORA. Antes.
ELVIR. Pero entonces, cómo no te hizo su esposa?
DORA. El apoyó mis relaciones con el que es hoy mi marido é hizo que se realizara mi matrimonio.
ELVIR. Pero no comprendo .....
DORA. Hay corazones que son un abismo.
ELVIR. Y como has hecho para que Cristián no sospeche?
DORA. Hacerme amar de él y dominarlo á mi antojo.
ELVIR. Cuidado, Dora!
DORA. Cuidado, de qué?
ELVIR. Si Doña Marcela hablara!
DORA. Quiere mucho á su hijo y no lo hará.
ELVIR. Y Andrea? Sabes que tu suegra no tiene secretos para ella.
DORA. Parece que te gozas en infundirme temores.
ELVIR. Lo que quiero es prevenirte, hay cosas que no pueden estar ocultas largo tiempo.
DORA. No hay cuidado.
ELVIR. No duermas sobre tus laureles.
DORA. Ya me impacientas, basta!
ELVIR. Queda con Dios. Yoy á ver como sigue Doña Marcela. (*Sale por la izquierda*).

ESCENA II.

DORA.

Qué me importa el dolor de Cristián y el de su madre? Que sufran, que paguen así mi largo martirio de veinte años. Amada sin amar, llevando oculta una pasión que era mi vida, en continua zozobra temiendo que descubrieran mi secreto, así pasaron mis mejores días y con ellos mis dulces ilusiones de ventura. Una caricia de Cristián, me hacía estremecer, una mirada de doña Marcela me llenaba de rubor. Que tormento sufrí euando nació Ricardo! Cristián, inclinado sobre la cuna, velaba su sueño con inmensa ternura, mientras el verda-

dero padre apenas si llegaba al salón á informarse del estado de la madre y del niño. Bien dicen que el crimen endurece la conciencia; después, me parecía natural que los dos se amaran y excusable mi falta. Esta, no la descubrirá nunca Cristián, antes, la muerte!

ESCENA III.

DORA.—CRISTIÁN.

DORA. (Qué abatido se encuentra, ni siquiera ha reparado en mí.)

CRIST. Qué es la vida? Vasto cementerio cuando muere la fé y las esperanzas, caen en tierra con las alas rotas. Yo quisiera olvidar, arrancar de mi memoria este como dardo que me traspasa el cráneo; pero no puedo, no! [*Reparando en Dora*]. Estabas aquí? Me consuela encontrarte. Acércate, no me dejes sólo, tengo miedo de mi mismo.

DORA. Oh, cálmate, hay males que no tienen remedio y es mejor sobreponerse á ellos, vivir.

CRIST. Vivir! también tuviste madre, la amaste y reverenciaste como á Dios, besaste el polvo que holiaba su planta é hiciste de ella el ídolo de tu alma; pero no lo viste, Dora, desquiciarse y romperse en pedazos!

DORA. La perdí siendo yo muy niña.

CRIST. Mas vale así. Vengo de visitar la tumba del que creí mi padre; siendo inocente, le he pedido perdón de haber nacido; sus cenizas deben haber llorado al escucharme. Soy tan desgraciado!

DORA. Tu madre se halla enferma y debes perdonar. Su falta la conocemos sólo los dos, el mundo la ignora y por consiguiente la respeta: es tan fácil engañar al mundo!

CRIST. Y qué me importa que el mundo la ignore si la conozco yo? La llevo escrita en el alma y en la frente! El vicio debe estirparse, no sólo por la vergüenza á que nos condena sinó porque es incendio voraz que lo destruye todo. Y sin embargo, cuando pienso en lo que fue para mí,

quisiera arrodillarme ante ella, llorar mucho y con mis lágrimas purificar su encanecida cabeza.

DORA. [*Conmovida*] Hazlo, Cristián.

CRIST. Hoy no lo puedo. Deja volar las horas; el tiempo pasa sobre nosotros cicatrizando heridas y abriéndonos otras nuevas. Tu no alcanzas á medir mi dolor porque no sabes cuánto la he amado y como la amo todavía.
Cuando estoy solo, entre las sombras que invaden mi cerebro, la miro siempre hermosa y buena, encantadora y pura; es que me resisto á ver en su frente la negra mancha de la infamia. Pasa la visión y torno á la realidad, entonces lloro, pero tanto, que imagino que mi corazón no puede contener más lágrimas.

DORA. No es para tanto, acaso es la primera?

CRIST. Triste consuelo ¡Dejara yo si matara, de ser asesino por que otros hayan cometido antes que yo igual delito? Tus argumentos se deshacen como espuma ante los dictados de mi razón y mi conciencia. No pensamos del mismo modo, porque no podemos sentir la ofensa con la misma intensidad. Acaso es la primera! (*Con desesperación*) No es la primera, pero es mi madre! (*Despues de un momento de silencio*) Quiero hablarte de Lea. Gustavo Ruiz me ha pedido su mano, dejemosla que sea feliz.

DORA. No me agrada ese pretendiente.

CRIST. Pero le gusta á ella.

DORA. Puede presentarse otro mejor.

CRIST. Te opones resueltamente?

DORA. Sí.

CRIST. Reflexiónalo bien.

DORA. Está resuelto; no.—Te vas?

CRIST. Ansío la soledad y el silencio.—(*Sale Cristián por la izquierda.*)

ESCENA IV.

DORA.

En caso que doña Marcela le revele la verdad, Lea será mi arma defensiva. El enlace de esa niña con don Ramón, será á los ojos de Cris-

tián, prueba evidente de mi inocencia. Ya la edad de los sueños queda muy atrás; mi amor no es aquella inmensa hoguera que amenazaba destruirme envolviéndome en sus llamas; ahora, la cabeza domina al corazón y puedo mirar friamente desvanecerse mis ensueños.

ESCENA V.

DORA.—DOÑA MARCELA.—ANDREA.

ANDR. [*Sosteniéndola.*] Es una imprudencia; Señora.
MARC. Me necesito aquí, Andrea, déjame.
DORA. Me retiro.
MARC. No, quédate. Ve, Andrea, te llamaré luego.

ESCENA VI.

DORA—DOÑA MARCELA.

MARC. Solas, así deseaba hallarme contigo.
DORA. [Qué irá á decirme?]
MARC. En mis últimos días, cuando más necesitaba de tranquilidad para mi alma, me veo escarnecida y humillada.
DORA. Es que los pecados de la juventud se purgan en la ancianidad.
MARC. Y me lo dices tú! Cuando las aves vuelan sobre la tersa superficie de los lagos, no queda en ellos ni la más ligera sombra de sus álas: así pasaron sobre mi alma pasiones mezquinas, sin que jamás mi pensamiento haya perdido sus hermosas galas ni mi frente la aureola que luce con orgullo la mujer honrada. Joven todavía, en esa edad encantadora en que las risas se convierten en sueños y los sueños en esperanzas; uní mi destino al que perdí bien luego, é hice un templo de mi hogar y de mi amor, mi Religión. El deber fué mi guía, sin apartarme de él, frecuenté la sociedad que tuvo para mí murmullos de admiración y lisonjeras frases. Si acaso en ese torbellino de luces y flores, algún afecto criminal hubiera conmovido mi corazón, lo hubiera arrancado de mi seno, después de decir á mi esposo: muero, por que no quiero traicionarte.

DORA. Eso se dice pero no se hace.

MARC. Se hace si se tiene conciencia. Qué dicha puede haber en el crimen? Profanar el hogar que es el cielo para la mujer de corazón bien formado; romper lazos que deben ser eternos y arrojar á la frente de sus hijos un baldón que no se borra! Y hay algunos que no se rompen por que la hipocresía se encarga de estrecharlos más, para desdoro del hogar y vergüenza de la sociedad que lo tolera!

DORA. Me admira oír hablar á U. así.

MARC. Te admira! Hay razón para admirarse puesto que pensando así, no he arrojado de mi hogar á la que ha impreso indeleble mancha en el honor de su esposo.

DORA. Sabe U. si luché antes de mi caida? No todo es cieno en el corazón humano, doña Marcela. En el silencio de mis noches mudas, mi conciencia me reprochaba mi traición, pero mi amor era más poderoso que la voz que se levantaba dentro de mí. Ha escuchado U. los rugidos del mar en esas luchas sordas en que sus aguas se levantan hasta tocar el cielo? Así mi corazón queriendo romper las cadenas que lo aprisionaban, se retorcía en su cárcel y caía vencido para tornar bien luego á la batalla continua en que los buenos instintos se adormecen y triunfa el mal enseñoreándose de nuestro sér.

MARC. Volvamos la mirada á lo pasado.
Regiamente vestida volvías una noche, hace de esto 25 años, de un baile dado en la legación chilena, en unión del que te dió su nombre. Te acompañaba el íntimo amigo de tu esposo, pues á éste habias manifestado no se qué deseo que él se apresuró á satisfacer. Penetraste á tu alcoba, contigua á la en que velaba yo el sueño de Ricardo que aun se hallaba en la cuna, y escuché de tus labios la confesión completa de la falta. En otra noche como aquella perdiste la carta que lo prueba todo;

arma que podía herirte y que has vuelto contra mí. Ay de tí, Dora! Has desatado terrible tempestad sobre tu cabeza y esa cabeza rodará en el polvo, porque la que se infama á sí misma, es mejor que muera.

DORA. Magníficas frases para uno de sus dramas, doña Marcela.

MARC. Ese algo superior que reside en mí y me eleva sobre la vulgaridad, me enseña á perdonar y á ser magnánima. Inclinada sobre esas hojas, creando dramas, novelas y poemas, me olvidé del mundo y sus miserias para acercarme á Dios, purificar mi alma y engrandecer mi pensamiento.

DORA. Pero, no irá U. á decirle á Cristián......

MARC. Delatora yo? Nunca! Mis días están contados, ¿qué importa que baje á la tumba llevando sobre mí tan negro estigma? Pero no, yo necesito morir rehabilitada ante Cristián; que sepa que no pequé jamás, y que si alguna vez hubiera sido vencida, el recuerdo de que era madre me hubiera detenido en mi caída. Si te arrancara la máscara, Cristián padecería mucho, y por ahorrarle una lágrima, daría mi sangre gota á gota: qué mucho que arroje sobre mi el lodo que te cubre para acercarte á el purificada? No pienses que el castigo te vendrá de mí; hay un Dios y su justicia no falla. (*Váse Dora.*)

ESCENA VII.

DOÑA MARCELA.

Mi energía era ficticia, desfallezco, me muero! Y morir despreciada por él. Cristián, soy inocente! Como te arrodillabas ante mi cuando eras niño y besabas mis cabellos castaños, besa hoy mis canas que tánto me han hecho conocer la vida. Pero, desmayo en mi propósito; no seré ya capaz de un sacrificio? Vive tranquilo, hijo mío, no sepas nunca lo que yo tantos años he guardado en el fondo del corazón bajo dolorosas lágrimas.

ESCENA VIII.

DOÑA MARCELA—LEA—ANDREA.

ANDR. (*Al oido de Lea.*] Si sigue así, la perderemos.

LEA. (*Lo mismo.*) Qué triste y demacrada se encuentra. [*Acercándose á doña Marcela.*] Qué tienes, por qué lloras?

MARC. No te inquietes, á mi edad hay más lágrimas que sonrisas. Los viejos vivimos de recuerdos y tú no sabes lo que son porque no tienes pasados. Imagínate algo asi como nieblas azules que cubren las montañas; algo como el eco de música lejana que no podemos alcanzar, como el vuelo de aves sin nido que aletean entre la tierra y el espacio, lanzando gemidos de agonía.

Ven, tú también, Andrea: apoyada entre las dos quiero llegar hasta la mesa. (*La conducen á ella.*)

Así.-Lea, (*señalando los papeles,*) este es mi tesoro más querido y te lo entrego, hija mía. Cuando yo muera, pon el oído cerca de estas páginas y sentirás palpitar en ellas muchos sueños desvanecidos, dulces esperanzas perdidas. Esto, y las joyas que encierra ese mueble, es tuyo; las piedras que despiden luz y las páginas que proyectan sombra. Mis versos los he formado con la vida de mi cerebro y la sangre de mi corazón, mezcla extraña, verdad? Sus signos son negros como el dolor porque los envuelve el sudario de tristezas íntimas, que en tu dulce ignorancia no puedes comprender. La vida! Tú no la conoces, tiene más espinas que flores. Es un abismo sin fondo y en él caen como flores anémicas arrebatadas por el viento, ilusiones, ensueños y esperanzas. No llores.-Al comenzar mi agonía, he de unir tu destino al del ser que adoras; la voluntad de un moribundo es sagrada, y habrán de respetar la mía. No hay lazo terrenal que no lo desate la muerte, y la muerte es el eterno descan-

so; sueño tranquilo como el que disfrutamos en el seno materno. Seca el llanto, Lea, es egoismo llorar por los que se van.

Llévame á mi alcoba. Andrea,recoge esos manuscritos y traelos luego. Anhelo descansar un instante antes que mis ojos se cierren para siempre.

LEA. [Oh, los sollozos me ahogan!] (*Salen por la izquierda.*)

ESCENA IX.

ANDREA.

Se muere, pero el señor lo sabrá todo, todo! Baje á la tumba resplandeciente de pureza, como ha vivido. Que su hijo la llore como merece ser llorada la madre santa y buena. (*Mirando á la derecha.*) Las señoras se acercan oigámoslas.

ESCENA X.

DORA—ELVIRA,—ANDREA OCULTA.

ELVIR. Acabo de encontrarlo.

DORA. De veras?

ELVIR. Me ha dicho que le interesa verte y vendrá en seguida si accedes á recibirlo.

DORA. Que venga, pero pronto, Elvira.

ELVIR. Parte y quiere darte el último adiós.

DORA. (*Llevando la mano al seno.*) Cómo me duele el corazón!

ELVIR. Serénate.

DORA. En dónde se halla Cristián?

ELVIR. De él y de doña Marcela no hay nada que temer, pero Andrea vijila.

DORA. Se halla en sus quehaceres. Vuela y dile que lo espero.

ELVIR. Tengo miedo, Dora.

DORA. No temas. Es indispensable que al resolverme á ser honrada, cobre fuerzas para llevar á cabo mi resolución viéndolo por última vez.

ELVIR. Le amas todavía?
DORA. No, pero lo he amado. Vé y no tardes.
[*Elvira sale por el foro. Andrea por la izquierda sin ser vista de Dora.*

ESCENA XI.

DORA.

Quiere saber á dónde parte. Mi vida es drama que ya toca á su fin. Pero á lo menos, Ricardo se ha salvado. Entornemos las puertas. (*Lo hace.*) Pero, que es lo que siento? Bah, si acaso me sorprendieran, fácil me es seguir engañando á Cristián.

ESCENA XII.

DORA—DON RAMÓN—ELVIRA.

[*Esta, mientras hablan los dos se entretiene en revisar los papeles.*]

DORA. Elvira me ha dicho que deseas hablarme, sé breve.
RAMÓN. Próximo á partir, quiero saber si te decides á seguirme.
DORA. Eso es imposible, debemos separarnos como buenos amigos; hemos ocultado nuestras relaciones durante largo tiempo, huir juntos, sería descubrirlas.
RAMÓN. Si pudiéramos partir con Lea, salvábamos las apariencias.
DORA. No querrá seguirnos.
RAMÓN. Y he de renunciar á ella?
DORA. Como renuncias á mí.
RAMÓN. Me quieres todavía?
DORA. No he amado sinó á tí, guardo la esencia de ese cariño en el fondo del corazón, y al recordarlo, palpita todavía.
RAMÓN. Si pudieramos huir!
DORA. No, acepto el martirio pero no las murmuraciones y el desprecio del mundo. Adonde vas?
RAMÓN. A Europa, pero no sin haber asegurado el porvenir de Ricardo.

DORA. Alejarte sin decirme adios.

RAMÓN. Déjame estrechar tu mano.

DORA. Todas las ternuras de otro tiempo despiertan dentro de mí brindándome su arrullo: soy muy infeliz, Ramón, mucho!

RAMÓN. [Pobre mujer!] Adios, Dora.

DORA. Adios!

ESCENA XIII.

Cristián penetra á la escena antes de salir D. Ramón, este al verlo huye.

DORA—CRISTIÁN.

CRIST. Infames! Tú, más que ese cobarde que huye pero al que no muy tarde arrancaré la vida. Sí, el hombre que no lava con sangre las heridas hechas á su honor, es un miserable! Díme, que te faltaba para ser dichosa? Amor? Inmenso océano desbordaba en mi pecho, pequeña cárcel para contener su grandeza. Fé? Creí en tí como en ese algo invisible y superior que guía al hombre en el escabroso sendero de la vida. Tú, mi esperanza más bella, mi ilusión más hermosa, ideal de mis sueños, de esos que matizamos con albores de aurora y resplandores de estrellas! Te juzgué impecable y tu crímen no tiene perdon. (*Dora se cubre el rostro con las manos.*) No sabes que la mujer que es esposa y madre, no se pertenece? Se debe á los séres que nacen de su seno y al que la hizo depositaria de su honor. Me hicistes acariciar al hijo del crimen, arrojastes sobre mí el ridículo, y no contenta con ultrajarme y pisotear mi honrra, acusar á mi madre, á una mártir, á la q' has muerto puesto que se halla en la agonía. Nada te ha detenido: has empleado armas infames; la hipocresía y la calumnia.

A las miserables como tú, se les arroja del hogar honrado. A la calle! A reunirte con tu cómplice, á mendigar pan para tu hambre y abrigo para tu cuerpo. Fuera!

DORA. Oyeme, perdoname!

CRIST. No tienes perdón; pidelo á Dios, inmenso es su misericordia. El sér débil que manejastes á tu capricho, se levanta ante tí convertido en juez de tu delito; juez severo é inflexible, ya que solo al conocer tu infamia, le ha sido dado recobrar su dignidad de hombre. Afuera! Y si la sociedad te rechazá como yo, me reconciliaré con la sociedad que arroja de su seno á quien no supo respetarla. Pronto! Mi amor se ha trocado en odio, ó mejor dicho en desprecio, que no otra cosa merece la mujer que mata la fé, profana el hogar. (*Toma á Dora de un brazo para obligarla á salir y repara en Elvira.*) Las dos, la criminal y la encubridora del crimen: afuera!
(*Las obliga á salir por el foro.*)

ESCENA XIV.

CRISTIÁN—DOÑA MARCELA—LEA—GUSTAVO—ANDREA.

(*Doña Marcela viene sostenida por las dos.*)

MARC. Ah, que haces, hijo mío?

CRIST. Madre, madre de mi alma, perdóname!

MARC. En donde está Dora?

CRIST. No me hables de ella, dime que me amas y me perdonas.

MARC. Si te amo? Qué madre no ama á sus hijos? perdonarte, de qué. Si yo sabía que apesar de la duda que te quemaba el alma, me querías siempre. Qué has hecho de tu esposa? Dímelo para morir tranquila.

CRIST. Arrojarla al cieno de donde nunca debió haber salido.

LEA. Piedad para ella!

CRIST. La tuvo de tí, la tuvo de mí, de la santa que se muere por que no puede resistir el dolor de verme deshonrado?

MARC. Cristián, eres noble, eres bueno, así no se estirpan vicios; el perdón consigue más que la venganza.

CRIST. Si no es venganza, es justicia. Quiero que vaya por el mundo sin hogar ni afectos para que eche de menos aquellos que profanó sin piedad.

MARC. Lea, implora de tu padre compasión para esa infeliz.

CRIST. Nunca!

MARC. Me restan pocos instantes de vida, antes de abandonarte, (*Tomando en sus manos la cabeza de Cristián,*) prométeme que Lea se unirá á Gustavo y que Dora volverá al hogar.

CRIST. En cuánto á lo primero, tu voluntad será cumplida.

MARC. Mis ojos se nublan......Lea, dáme tu mano, la tuya Gustavo, quiero ser la primera en bendeciros.

(*Lo hace,*) (*A Lea.*) No llores; sé el consuelo de tu padre y el orgullo del que va á darte su nombre. Consérvalo sin mancha; sé verdadera sacerdotisa del hogar, practica la virtud, has tu Dios del deber, y serás dichosa. Recuérdame......alguna vez y enseña á tus hijos á reverenciar mi memoria. Qué dulce es la muerte para aquel que puede esclamar: he cumplido la santa misión que traje á la vida.

LEA. Abuela, no me dejes! [*Arrodillada ante ella.*]

CRIST. Madre!

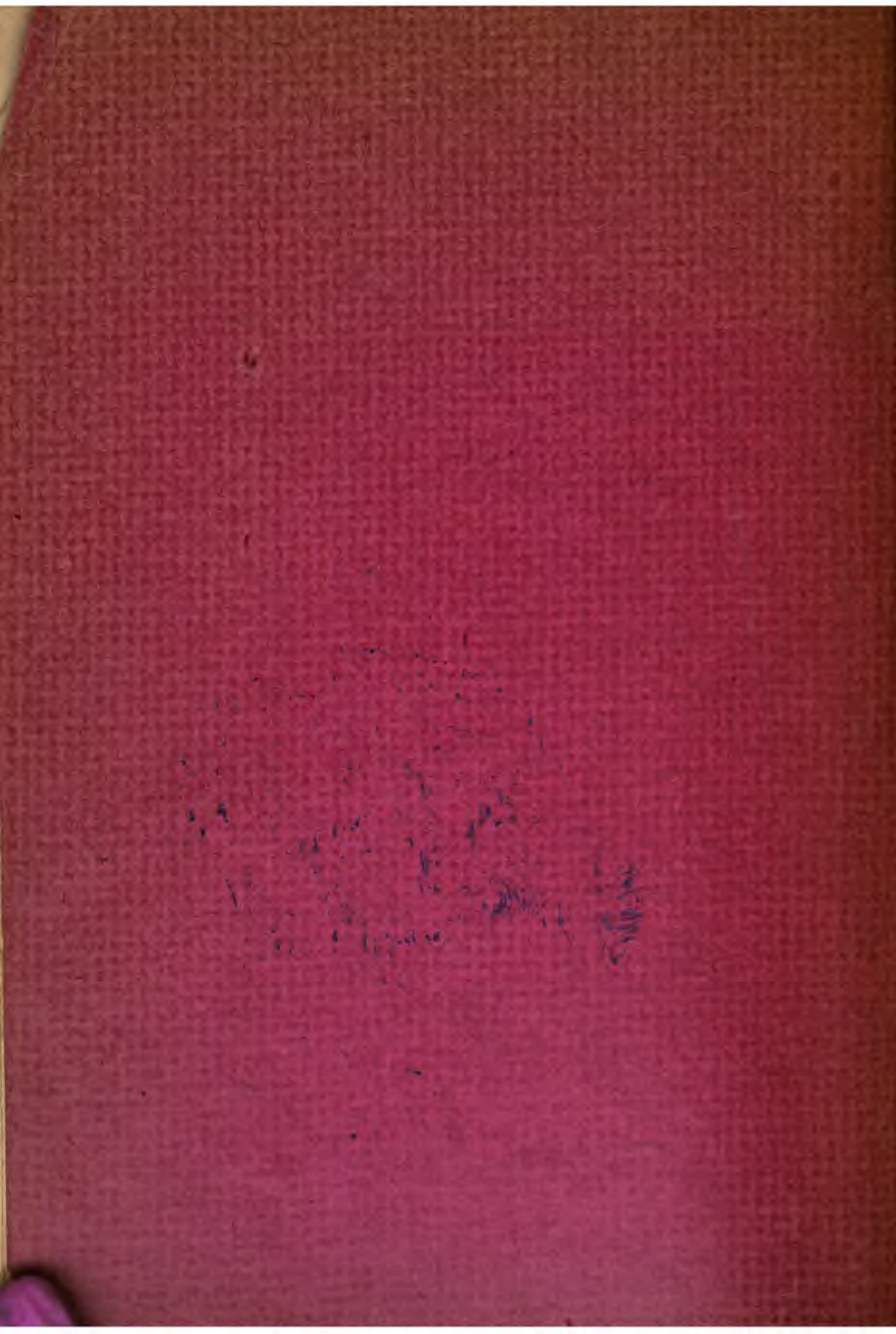
MARC. Eres víctima de tu corazón. Levanta la frente, recobra la esperanza. La sociedad no es injusta, tiene burlas y risas, solo para los que, convencidos de su oprobio, lo aceptan sin protesta. Eres grande en medio de tu infortunio.

CRIST. Mírame!

MARC. Ya sólo veo lo eterno: si no te dejo feliz, á lo menos he salvado á Lea. Adios! (*Muere.*)

CRIST. Madre, madre mía! (*Mirándola por breve espacio.*) Qué tranquila es la muerte y que amarga la vida!

FIN DEL DRAMA.




SAL 6020.17.100
Abuela;
Widener Library
005023541
3 2044 080 656 390